

.CALI: UNA SULTANA EN VÍAS DE MODERNIZACIÓN. . .

Nora Segura*

Cali, la capital ecológica; Cali, la ciudad más bella de América; Cali, ciudad de Reinas. . . modelo de civismo . . . de limpieza. . . caleños nativos, adoptivos o circunstanciales, recibimos constantemente un bombardeo de razones para estar orgullosos de Cali, a través de la prensa, la radio, las vallas y los relojes urbanos. La modernización de la ciudad se hace manifiesta en el Anillo Central, en los Puentes de Santa Librada, en el auge de la construcción en altura, y en unos cuantos hitos urbanos que puntualizan en el espacio el pujante vigor de la caleñidad, y que en la ofensiva publicitaria señalada busca al ciudadano para comprometerlo en una declaración de amor a la Sultana del Valle.

La metáfora erótica no es un simple recurso descriptivo, es en efecto un nivel de la realidad cotidiana que se expresa en evocaciones múltiples; ya en la salsa caliente, ya en la brisa refrescante, ya en la serena noche tropical o en la alocada fiebre de la Feria, Cali es la mujer.

Pero...es una mujer que se moderniza que intenta ponerse a tono con la época y que adopta las marcas definientes de los grandes centros urbanos: Centros Comerciales, "boutiques", espectáculos, galerías de arte, grandes torres de apartamentos, hoteles de lujo y desde luego, edificios para la administración con plazoletas y fuentes y todo ello integrado en el espacio por un sistema expedito de vías y puentes para vehículos y peatones. Y luego. . . la exhuberancia tropical que envuelve, que matiza, que integra el paisaje urbano en una versión domesticada de la naturaleza. Rigurosamente limitada por el asfalto, el cemento, las rejas, cuidadosamente puestas a raya, despojada de su agreste e impetuoso carácter rural. . . y el río. . . igualmente domesticado, canalizado, que en su versión moderna es tan sólo un apacible arroyo, un objeto de la decoración urbana, el marco por excelencia del habitat de sus ciudadanos más conspicuos,

Al igual que en la vivienda se distinguen dos espacios que permiten diferenciar dos dimensiones de la vida de sus moradores, la pública

*** Profesora Departamento de Ciencias Sociales, Universidad del Valle.**

y la privada, en la ciudad podríamos encontrar un equivalente: en la "zona social", abierta a los visitantes, se exhiben los objetos-testimonios (de un status, de un nivel de consumo, de unas orientaciones culturales, de un estilo de vida, de unas prioridades, en suma, de una auto-definición pública), cuya exhaltación a su vez actúa como velo de la otra dimensión, la privada. En esta, que se cierra sobre sí misma, que restringe a los "propios" la intimidad de la vida cotidiana, se esconden los conflictos y se expresan los afectos, se oculta a la mirada indiscreta todo aquello que pudiera entrar en pugna con la imagen públicamente proyectada. Es la "zona de los servicios", ámbito de lo que no aparece pero que es un nivel efectivo y real de la vida cotidiana.

Es en efecto, el río, y el eje vial de la Avenida Colombia, lo que parece desempeñar en Cali, el papel del salón en una vivienda, lo que permite proyectar una imagen de sus habitantes, lo que busca producir una impresión a propios y ajenos, en resumen, lo que logra concretar una imagen que como toda imagen pretende estimular la mirada con la cual se quiere ser mirado.

Desde el Parque Municipal hasta La Ermita podemos leer en el espacio una secuencia, si bien incoherente no menos testimonio de un proceso inacabado de modernización de La Sultana: El Museo de Arte Moderno, Los Hoteles Dann e Intercontinental, la Cámara de Comercio, el Centro Administrativo Municipal, La Ermita, y al fondo, como remate un tanto marginal en el espacio, el Club Colombia, la sede social exclusiva de los autores de tal modernización.

En este recorrido se despliegan en el espacio la Cultura, los Negocios, el Estado, la Religión y la Vivienda en grandes torres de apartamentos, hermanando visualmente los intereses de hecho hermanados en otras dimensiones.

La Tertulia, evocación del mundo clásico, asiento solitario y un tanto exótico de la Cultura en un mundo agro-industrial, señala un hito en el proceso, no se trata ya de una cultura pastoril y provinciana, producida y reproducida en los marcos estrechos de las tertulias familiares sino de la expresión internacional del Arte, de la apertura a otros mundos, a otras manifestaciones, a otras interpretaciones del aec cultural.

No es sin embargo, un proceso acabado y efecto es interesante señalar un rasgo peculiar: Las preocupaciones en torno al Arte y la Cultura en Cali, son monopolio femenino: El Mecenazgo artístico y el impulso decidido a su desarrollo ha sido el trabajo valeroso de unas pocas mujeres, ya se trate de las artes plásticas, de la literatura ó de la música. La actividad cultural y la belleza son privilegios femeninos, ornato necesario de la burgués/a agro-industrial que todavía no acaba de despojarse del patriarcalismo agrario, que aún exhibe rasgos innegables de su ruralidad.

Continuando por la margen derecha nos salen al paso nuevos testimonios de la modernidad, los Hoteles internacionales, que han abandonado para otros sectores sociales los otrora imponentes albergues de ocasionales visitantes. El flujo constante de turistas adinerados, de técnicos nacionales y extranjeros, de invitados notables y de otros que no lo son, dan a la zona un ritmo acelerado de movimiento, de atafago, por bien servir a quienes nos visitan. Todo es internacional: los platos, los shows, las apetencias y satisfacciones, carácter éste capaz de borrar la especificidad caleña a no ser por la presencia de un ejército mestizo de vendedores ambulantes, de vendedores de lotería, de vigilantes ocasionales de automóviles difícilmente mantenidos a raya por ese otro ejército de servidores privados, no por ello menos mestizos, mulatos, negros o indios.

A corta distancia, se eleva una enorme mole de cemento, un volumen que se impone sobre las construcciones circundantes en una innegable exhibición de superioridad, liberada de los obstáculos visuales por una avenida que establece una relación de continuidad con el puente de la calle 8a. De líneas sobrias, vale reconocer, la sede de la Cámara de Comercio es un punto de referencia que marca la transición entre la moderna Avenida Colombia y el Cali del pasado, preludio de una condena que empieza a materializarse en el paso indiscriminado del bulldozer pilotado por la lógica de la racionalidad.

Una plazoleta que remata en escaleras abre el acceso a la Sala de Exposiciones y las instalaciones para Congresos, Conferencias y Reuniones. Como base del edificio, el recinto para la Cultura es a su vez la manifestación de una base nueva para la legitimidad de las actividades que se desarrollan en los pisos superiores. Se trata en efecto, de una

concepción, más sutil y abierta, que incorpora el know-how en múltiples dimensiones sirviendo de albergue a sus igualmente variados portadores.

En el Centro Administrativo Municipal, familiarmente conocido como el CAM (nueva manifestación de la modernidad TI el uso de siglas) la monumentalidad arquitectónica señala la presencia del Estado, cuyas funciones reclaman un ámbito eficiente y racionalizado distante ya de las vetustas instalaciones del casco urbano tradicional. En el exterior se abre la plazoleta diseñada para convocar la participación de las masas urbanas como preámbulo del Consejo Municipal, presumible recinto de expresión de las fuerzas sociales. Y al lado, la sede de los servicios públicos, de los recaudos por valorización, de la planificación, en suma, de la democratización de la financiación al crecimiento urbano y de su apropiación bastante menos democrática.

No obstante, tampoco en esta dimensión el proceso modernizante ha llegado a término sencillamente porque en su interior se mueven lógicas contradictorias que buscan acompañarse en movimientos discontinuos. Los diversos intereses y proyectos políticos hacen del estado un botín de apropiación inmediata que impide la perspectiva del futuro y el cálculo del plazo largo.

La ciudad metropolitana, que pugna por ponerse a tono con la época y pretende elegir a sus funcionarios a través de la consulta popular, no logra hacer resonar sus clamores en medio del sordo barullo clientelista, cuya algarabía sume al ciudadano en una pasiva resignación.

La Ermita, al fondo de este recorrido, el símbolo del "Cali que 50 fue el punto de reconocimiento de la singularidad caleña se hace a un lado para dar paso al progreso, al movimiento, a la máquina que se mueve a ritmo inusitado. El gótico-tropical permanece en solitario testimonio de otros mundos que ya no pueden ser, que ya no logran reconocerse en sus viejos monumentos. Y a su lado, la presencia ausente del Altere/Real, en el silencio de un lote vacío, aún logra protestar contra ese mundo que se erige sobre la negación de su pasado, protesta apenas audible en el ruidoso atafago citadino. .

Los puentes del Anillo Central son los monumentos en los cuales se reconoce la ciudad nueva: las callejas estrechas que conducían las

procesiones religiosas de antaño, concreción puntual de un aglutinante efectivo en una sociedad agudamente diferenciada, no son ya capaces de albergar las grandes masas urbanas, que a su vez implican otro tipo de aglutinantes más impersonales, quizás pero igualmente efectivos.

A lo largo y ancho de las márgenes del Río, aquí y allá, dispersas en el espacio, salpicando este recorrido, se yerguen orgullosas las torres de apartamentos, probablemente el más evidente signo de la modernidad de una clase que ya no logra reconocerse en la señorial casa republicana del Barrio Centenario. En la vivienda se hace manifiesta de manera más nítida esa otra dimensión (aparentemente menos social) de la vida privada, en ella se recogen los signos del status social, se exhiben los elementos que definen una manera específica de reproducirse socialmente y por lo tanto permiten un auto-reconocimiento como grupo y como clase social. En ella pueden leerse dos momentos del notablato caleño: en la margen izquierda, el Barrio del Centenario, con casonas construidas en amplios terrenos, con planos, materiales y "aggiornamento" a la europea, con jardines y rejas que permiten el aislamiento y la nítida separación entre el espacio público y el privado, se abandona lentamente a otros usos, a otros sectores sociales, abriendo una pausa para obtener una más alta valorización o se acomete desde ya el proceso de re-desarrollo en grandes torres de apartamentos, oficinas y "boutiques". El "desperdicio" del terreno propio de la era republicana cede lugar a la lógica de un uso intensivo del suelo urbano, y por tanto será la construcción en altura, la densificación, el cálculo racional de la inversión lo que guíe la ocupación de este sector de la ciudad. La lógica de la eficiencia barre con modos de vida anteriores e impone otras maneras de reproducirse socialmente. Es la modernización que hace obsoletos los barrios otrora exclusivos y excluyentes, para albergar a sus moradores en apartamentos de lujo, eficientes, llenos de luz y colorido, en un canto a la simplificación y al ahorro de tiempo y espacio. Desaparecen las rejas que aíslan para reencontrar el paisaje a través de ventanales, los jardines privados se llenan de cemento para volcarse. Sobre las márgenes del Río en un amplio jardín - "boulevard", con bancas y "aggiornamento" que atestigüen la sensibilidad de sus habitantes.

Y la recreación? Del "Charco del Burro, zona para la recreación popular de otras épocas tan solo quedan las fotografías mohosas, la nos-

talga y la impotencia frente a una apropiación excluyente de la ciudad. Para los sectores modernizantes los momentos de encuentro se trasladan a sitios especializados, a los Clubes, en donde pueden reconocerse y reproducirse privadamente, protegidos de las miradas indiscretas de los "otros", en donde puedan ser reconocidos por propios y ajenos en su nuevo carácter internacional.

La Sultana abandona los velos y ropajes provincianos que apenas insinuaban sus encantos para cubrirse-descubrirse a la última moda, baila salsa y rock, y pasa vacaciones en las playas doradas del exterior para no ver las aguas contaminadas, los cerros deforestados, los tugurios y el racionamiento de los servicios públicos.

Cali, Junio- 1981.